

CRONICAS DEL MUNDO OSCURO

Paul Steinberg

El Noviciado

Con frecuencia me he preguntado si no escogí deliberadamente mi destino. Después de todo, la vocación del prisionero es evadirse incluso en las situaciones más extremas. Yo fui al matadero como un vulgar cordero, sin chistar, a pesar de que no me faltaron oportunidades para escapar.

De todas maneras, cuando la muerte me acorraló, me defendí, luché, resistí por todos los medios, aunque de manera pasiva, doblándome como un junco en medio de una tempestad. En mi caso, no es fácil dar una imagen admirable, por no decir gloriosa. Pág. 24.

El Ultimo Combate

Tuvimos que responder a las órdenes ladradas en alemán, y los de reacciones lentas empezaron a probar el garrote. Yo hice bien mi trabajo. Conseguí que inscribieran a los que sabían hacer cualquier chapuza los registré como carpinteros, cerrajeros o pintores de brocha gorda; yo mismo me inscribí como químico. Era de los dos o tres más jóvenes de la remesa, rosado e imberbe, lo que contribuyó a crearme algunas simpatías, no todas confesables, entre los altos dignatarios; de ellos aprendí prácticamente todo lo necesario para sobrevivir más tiempo. Pág. 30.

Habíamos superado la etapa de los sentimientos, de las relaciones de amistad. Cada cual, replegado en sí mismo, luchaba por sobrevivir. La máquina de deshumanizar había funcionado de maravilla. Ya sólo existíamos en la indignidad. Pág.39.

La formulación sobrevino mucho más tarde, a medida que la decantación del grupo hizo desaparecer, por riguroso orden, las categorías más expuestas. Los trescientos cuarenta que éramos al principio se redujeron en un cuarenta por ciento en tres meses; en un sesenta por ciento en ocho meses, al ser el verano menos letal que el invierno; en un ochenta y cinco por ciento al cabo de un año. El quince por ciento restante formó un residuo incompresible, porque se había adaptado a la vida del campo y disfrutaba de distintos privilegios. Pág.60-61.

Bajo la carpa, cuando todos los sufrimientos no habían hecho más que empezar, todavía sentía el lastre de toda la gama de los sentimientos humanos: amistad, compasión, solidaridad. Pág. 63.

Poco después, comprendí rápidamente que, como una muchacha de buena familia recién salida de un convento de Ursulinas, iba a tener que defender ferozmente mi virtud. Y ello no para satisfacer ninguna supuesta moral, ya que por ese lado no me quedaba ninguna inhibición y en caso de necesidad extrema me hubiera dejado hacer, sino porque las implicaciones eventuales llevaban el sello de «peligro de muerte inmediata». Pág. 73.

He escrito este capítulo sobre nuestra caída común y sobre la muerte de Philippe, mi amigo. Sentía por él una ternura infinita, compartida. Y, antes de ponerle punto final, confieso que he dedicado todas mis energías a evocar su imagen, su silueta, su cara y el sonido de su voz. Le he puesto fórceps a mi memoria. No queda nada, ni la más mínima huella. Si retrocediera cincuenta años, no sé si podría siquiera reconocerle. Pág. 75.

El Agujero Negro

De aquellas semanas no conservo más recuerdo que los sufrimientos, el frío y la humillación. ¿El quid de las relaciones humanas? No existen. Estoy rodeado de sombras inconsistentes que apenas puedo discernir y que se evaporan a medida que pasan los días. (...) Me he encerrado en mi caparazón, toda la energía vital que me queda está destinada a mi propia supervivencia. (...) Todos los seres humanos que me rodean son intercambiables. El que me frota la espalda en la esplanada, el que anda a mi lado hacia las obras de la Buna, el que me precede por la noche en la cola de la sopa. (...).

Mi último sentimiento se extinguió con Philippe. La carne y los músculos se funden, los dientes se descarnan, las tripas se licúan, se envenenan las heridas y morimos, morimos, morimos.

Yo, por mi parte, hacía ya tiempo que había resuelto el problema de la dignidad, que mató a tantos. Respondía con un sordo desprecio a la permanente humillación, lo que me permitía soportar las vejaciones diciéndome que provenían de unos seres infrahumanos de los que no cabía esperar otra cosa y a los que no había que tomar en cuenta. Era un procedimiento algo sospechoso, pero resultaba eficaz y cómodo. Mucho me temo que la actitud de desprecio es uno de los estigmas del campo que me han acompañado hasta la vida civil. Lo he manifestado a plena luz, a veces equivocadamente. Pág. 109-110.

Me desperté sobresaltado por unos gritos y la orden de un SS en el que reconocí al sádico Rakasch, el terror del campo. (...) Rakasch, *Hauptschdrführer* Rakasch. El mal absoluto. Hoy, con cincuenta años de distancia y de vivencias, soy consciente de que se trataba de un perverso profundo. En aquella época, el candor de mis diecisiete primaveras me empujaba a esquivarlo todo lo posible sin buscar más explicaciones. Pág. 111.

Rakasch, al contrario que el atajo de brutos primitivos de sus colegas, no inspira un miedo simple, elemental. Hace reinar un terror metafísico. Anda siempre solo,

mientras que los SS van en parejas. Probablemente crea malestar incluso entre los suyos.

Lo vi en acción por primera vez unas semanas después de mi llegada. Mató a un viejo gitano, después de haberle pegado una paliza, ahogándole en un charco de agua de unos veinte centímetros de profundidad, apoyando la bota contra su cabeza. Creo que experimentaba un profundo placer haciendo sufrir y matando luego. Pág. 112.

PARENTESIS II

Han pasado dos meses desde que escribí sobre la primera página en blanco las primeras palabras: Crónicas del mundo oscuro. A medida que pasa el tiempo, las cosas se han estropeado. Estaba previsto. El sueño me rehuye. Mis cambios de humor hacen que resulte insoportable para mi familia, los altibajos están en función de las páginas que escribo. Pág. 123.

Tal vez mi estado físico, cuando me encontraba en lo más bajo de la curva, no me permitió registrar ni una imagen, ni una palabra, durante un lapso de tiempo. Pero me pregunto por qué veo con claridad al jefe del campo, al kapo de los químicos, al enano de la tienda, al doctor Ohrenstein y a muchos otros, mientras que no me queda nada de Philippe, que se deshizo en humo, ni siquiera el sonido de su voz. Pág.125.

La Condena

La ley del campo es simple: uno hace el bien cuando dispone de medios y cuando le viene en gana; en el resto de las ocasiones, a poco que uno disponga de una parcela de poder, hace el mal. Pág. 129.

La Bofetada

Octubre. Hace un año desembarcaba aquí un chico de buena familia apoyándose en el hombro de un compañero para aliviar su pie herido. En este año me he hundido, he tocado fondo, remontado, salido a la superficie y recuperado el aliento. Soy un veterano, correctamente vestido según los cánones de la moda local(...). Todavía no pertenezco, hablando con propiedad, a la Prominenz, la aristocracia del campo, pero me consideran un hombre influyente. Me atribuyen protectores poderosos, entre ellos el jefe del campo. Aparentemente, la naturaleza humana es de tal manera que una situación horrible se hace soportable a poco que uno pueda distinguir categorías todavía más desposeídas, todavía más maltratadas. Éste es mi caso. Uno se conforma con lo que puede. He visto moribundos saltar de alegría ante la idea de un cacillo suplementario de sopa, y puros musulmanes alegrarse por media hora más de descanso. He llegado a ser envidiado. Así pues, debo ser feliz. Relativamente feliz. Pág. 143-144.

Desembarcó (...) Trescientos alsacianos, (...) Entre cuatro o cinco, cada uno detrás de una mesa, les inscribimos en el registro. Antes del inicio de las operaciones me llevé aparte a algunos de ellos para hacerles un briefing, con instrucciones de pasar la consigna. De este modo hice nacer una profusión de artesanos, cerrajeros, carpinteros, pintores de brocha gorda, sastres, metalúrgicos e incluso dos enfermeros. Les expliqué que el mercado local de la agricultura y la viña no era nada interesante, y que lo importante era vivir. Pág. 145.

En el bloque, tengo una cama para mí solo cerca de la parte noble en la que residen Anton y sus *Stubendienst* asistentes, cuyo número ha sido reducido. Me han pedido que eche una mano por la mañana y por la noche para tenerlo todo en orden; en cierto modo soy *Stubendienst* honorario. Por supuesto, me reporta ventajas en especies y algunas satisfacciones a mi amor propio. ¿Tal vez me haya incluso convertido en un engreído? A los diecisiete años es difícil ver las cosas con claridad.

Una mañana, al levantarnos, inspecciono la fila que tengo a mi cargo para asegurarme de que las camas están hechas, y me encuentro cara a cara con un viejo que se ha quedado acostado en la litera de en medio. Es un judío polaco en las últimas, uno de esos que en el lenguaje del campo se dice que van a *eingehen*, un término que en alemán se aplica a las plantas que se están marchitando. Le digo que se baje enseguida y que haga la cama. Me mira y masculla algo en yiddish, creo comprender que me está provocando. Furioso, tuve el reflejo de levantar la mano y abofetearle. En el último momento, contuve mi gesto y la mano tocó levemente su mejilla. Durante esa fracción de segundo, vislumbré y sondeé los abismos. Vi sus ojos. Unos ojos que expresaban la espera, la resignación, el desprecio, la desesperación. Unos ojos que derramaban cansancio y repugnancia de sí mismo y de los demás. Unos ojos que veían la proximidad de la muerte, que la temían y al mismo tiempo la llamaban. Unos ojos sin lágrimas y sin reproches. Apenas un aleteo de las pestañas en espera del contacto con la mano. Mi mano. Y tal vez lo inventara todo. Tal vez se limitaba a mirar al vacío, como las bestias antes de ser sacrificadas, y quizás el mensaje de sus ojos fue un invento mío. En ellos proyecté todos los fantasmas que llevaba en mi interior. Tal vez era simplemente la imagen de lo que yo había sido ocho meses antes. Aquella anticipación de mi propia muerte, de la que no tuve conciencia en esa época, y que odiaba en ese preciso instante.

Librarme de aquel recuerdo barriéndolo con un ademán... (...) Me quedé petrificado. Luego me alejé, y esta escena, banal en la vida cotidiana de un campo de la muerte, me ha atormentado toda la vida. El contagio se había producido y yo no había escapado a la norma. En aquel mundo de violencia tuve un gesto de violencia con el que demostraba que había ocupado el lugar que me correspondía.

El viejo judío polaco debió morir en los días siguientes, pero desde entonces lo llevo en mí como un embrión. El recuerdo de mi gesto no deja de perseguirme. Es una de las heridas abyectas y no cicatrizables que me acompañan a todas partes. Pág. 148-149.

Y en este concierto, yo he interpretado mi partitura. En los años sesenta intenté librarme de esta historia escribiendo un texto en forma de novela titulado La bofetada. El protagonista es otro yo, un yo que hubiera podido llegar a ser, y que veinte años después es testigo de una escena anodina que acaba con una bofetada. Esta escena le trae a la memoria otra que ha vivido y que acabo de describir. En cuarenta y ocho horas, se teje y se desteje una crisis que el protagonista describe al mismo tiempo que la vive; mientras tanto, su vida familiar y profesional prosigue. Creí volverme loco. Probablemente era demasiado pronto. Exploté a medio camino; el manuscrito está sin terminar en el fondo de un armario. Por lógica, mi héroe tendría que haberse suicidado. Probablemente sentí que corría el riesgo de imitarle.

Retrovisión

Mi retorno no se distinguió en nada del de otros que han sabido describirlo. Los que me esperaban se taparon los oídos. Los que pudieron me esquivaron. El precipicio era infranqueable. Saqué las conclusiones pertinentes y me callé. Corté los lazos que me ataban al campo: a Olchanski volvía verle una vez, a Robert y a Pierre Bloch dos, y una vez también al doctor Freze. Imagino que ninguno de nosotros soportaba las miradas de comprensión de los demás. Así ha sido durante cuarenta años. (...) Volví a la vida civil sin emociones particulares, conectando, como si nada, con la vida de antes.

Así que un día, después de tres o cuatro años de vagabundeo, acabé por decidirme a compartir la suerte común. Inicé una existencia normal, me casé, tuve hijos, ejercí una profesión. De vez en cuando, más bien en invierno, después de dos o tres copas, contaba alguna cosa.

Como las ollas a presión cuando sueltan vapor. He tardado años en darme cuenta de que Auschwitz ha sido el acontecimiento determinante de mi vida, que se operó en mí un cambio profundo. Mi visión del mundo era otra, como era otra la manera de mirarme los demás.

Auschwitz es un diablo en una caja cuya tapa salta al mínimo contacto; de rebote, sus secuelas han afectado a mis allegados, a la vida de mi mujer y al equilibrio de mis hijos. (...) Cada acontecimiento era sinónimo de reactualización y luego de desencadenamiento mediático y, para mí, tan pronto de exasperación como de sobreexcitación incontrolable, de insomnio, de reflujo de recuerdos que me hacían insoportable para los que amaba. (...)

¿Cuáles son las secuelas de mis años de internado, como me gusta llamarles, además del número marcado en mi brazo izquierdo que, en verano, antes de que el moreno lo disimule, suscita a veces una palabra emocionada por parte de un desconocido sagaz y cómplice?. La incapacidad de expresar mi amor a pesar del calor que siento en mi interior, los gestos que no me salen, como abrazar a los que amo, las caricias de las que soy incapaz, ¿son obra del campo, o son el resultado de una infancia sin madre y sin ternura? Tal vez de los dos.

También perdí la noción de respeto. Durante mucho tiempo, cuando conocía a alguien, lo veía desdoblado: por un lado, bajo su apariencia humana en la sociedad y, por el otro, bajo los rasgos del *Häftling* que hubiera sido en caso de suerte adversa.

A buen seguro, la indiferencia ante la muerte es un subproducto neto. La muerte de los demás me resulta banal, y la mía también. Creo poder decir que si me anunciaran mi fin para esta tarde a las seis no me emocionaría demasiado. Habrá que verlo llegada la ocasión.

La vertiente rosa de esta corona de espinas es que me he convertido en invulnerable: las pequeñas desgracias de la vida cotidiana me resbalan como la lluvia en el parabrisas. Acepto los problemas y las contrariedades sin perder el sueño. Dispongo de un sistema de referencias que me permite minimizarlos y clasificarlos en la categoría de incidentes menores. Al mismo tiempo, le saco partido a las cosas de la vida. No ha habido demasiados días durante estos cincuenta años en que no haya sentido, aunque fuera sólo durante un instante, una felicidad, incluso una alegría intensa. De este modo, he recibido más regalos de los que puede transportar un ejército de Papás Noel. Y todo ello porque, a diferencia de Philippe, del Campeón, de Robert Levy, de Feldbaum, de Jacques el actor, del viejo judío polaco y de miles más, he sobrevivido para recogerlos. No tendría sentido quererle llamar otra cosa que felicidad.

Y sin embargo.

Queda el punto crítico, que me parece personal, al que los demás, afortunadamente para ellos, han escapado: el de la dignidad, mi dignidad de ser humano. Inicié mi segunda vida a los dieciocho años. Aparte de las enfermedades que acabo de evocar y que sé irremediables, creo haber llevado una existencia honesta, cuya palabra clave habrá sido «ética». Pero jamás, jamás de los jamases, me ha sido posible librarme de mi existencia anterior. He vivido y vivo en la indignidad. Nunca he logrado lavar mi imagen. Soy, y sigo siendo, el testigo pasivo de la muerte de Philippe, el que abofeteó al viejo judío, el enchufado de las letrinas, el cortesano que aduló a brutos y asesinos para proporcionarse un suplemento de sopa cotidiana. ¿Tal vez me quejaba de vicio, poniendo mi imagen lejos de mi alcance? Orgullo, o vanidad. He pagado la cuenta. (...). Sin duda, ha llegado la hora de dar una respuesta a mis dudas. La respuesta es: sí, la escritura me ha hecho bien. He atravesado la vida lastrado con plomo, esforzándome en arrastrar este peso excesivo: ¿Por qué yo? ¿Cómo justificar esta sucesión increíble de azares favorables que han hecho de mí este ser incombustible e insumergible?. Pág. 183-185.